



S. BERNARDINO DE SENA.

## DIA VEINTE.

## SAN BERNARDINO DE SENA,

DEL ÓRDEN DE SAN FRANCISCO.

San Bernardino, uno de los astros mas resplandecientes del orden de san Francisco, y uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, fué de la ilustre familia de los Albizzeschis de Sena en Toscana. Su padre Tollo, y su madre Nera, mas ilustres por su piedad que por su nobleza, pedian á Dios con instancia les diese un hijo, poniendo por intercesora á la santísima Virgen. Oyó el Señor sus oraciones y les concedió el hijo tan deseado, que salió á luz el dia de la Natividad de la misma Señora, 8 de setiembre del año de 1380. Nació en Masa, ciudad del estado de Sena, de que era bailío el señor Tollo. Perdió á su madre siendo de edad de tres años, y á su padre cuando solo contaba seis; por lo que quedó bajo la tutela de una tia suya materna, llamada Diana, señora de gran virtud, que procuró con el mayor cuidado darle una buena educacion, y sobre todo inspirarle desde luego el santo temor de Dios y una singular devocion á la santísima Virgen. No la costó ningun trabajo, porque el genio, las inclinaciones é índole del niño Bernardino, naturalmente le llevaban hácia lo bueno. No tenía mayor diversion que estar en la iglesia, hacer altares y oir sermones, los que repetia despues con tanta gracia, que todos admiraban desde entonces el bello talento que mostraba para el púlpito. En la hermosura de su semblante se leia el candor y la pureza de su alma; estaba dotado



de un excelente ingenio; su rostro estaba siempre sereno y apacible; brillaba el pudor en su semblante; sus modales gratos y naturalmente cortesanos le hacian no menos amable que admirable á cuantos le conocian.

Siendo de once años, le llevaron á Sena sus tios paternos Cristóval y Angel Albizzeschi, donde le dieron maestros que le instruyesen en las ciencias. Allí aprendió la gramática y letras humanas, siendo su maestro Onufro, y de la filosofía Juan de Espoleto, que no cesaban de elogiarle, enamorados de su hermosura, de su ingenio, de su aplicacion, y sobre todo de su virtud.

Dejábase conocer en todas sus operaciones la inocencia y la pureza de sus costumbres. Si se descuidaban sus compañeros en alguna palabra menos compuesta, al punto se llenaba de un virginal empacho su semblante. Hacíase respetar por su virtud, aunque tan mozo; su modestia contenia á los mas libres, y en su presencia no se oía conversacion menos honesta. *Bernardino viene*, se decian unos á otros los jóvenes, si tal vez se desahogaban en conversaciones algo libres.

Acabado el curso de filosofía, estudió teología y el derecho canónico, haciendo tantos progresos en la primera facultad, que fué uno de los mas hábiles teólogos de su siglo. Al paso que se hacia mas sabio, se hacia mas santo. No ignorando que la inocencia se alimenta y se conserva con la mortificacion, desde la edad de quince años se entregó al ejercicio de espantosas penitencias. Ayunaba tres veces á la semana, usaba el cilicio casi todos los dias, se acostaba vestido sobre la tierra desnuda, dormia poco para orar mucho; y acechándole algunos compañeros, observaron que despedazaba su inocente cuerpo con crueles azotes, sirviéndose algunas veces de un manojo de ortigas.

Al paso que crecia su fervor, crecia tambien su tierna devocion á la santísima Virgen. Estando un dia con una de sus primas, viuda jóven, pero de eminente virtud, se despidió de ella, diciendo que iba á visitar á una señora de un mérito sin igual, de incomparable hermosura, y á quien amaba con pasion. Admirada la virtuosa señora de semejante confianza, le dijo no sin sobresalto: Pues qué, primo, ¡un mozo de tu virtud tambien se anda visitando señoras! Sin duda, respondió el santo sonriéndose, tanto, que me retiraria á casa con poco gusto, si dejase un dia de rendir mis respetos al dulce objeto de mi continuo cortejo. No replicó la prima, y despidióse Bernardino; pero presto se sosegó la virtuosa señora, porque saliéndose tras de él, y observándole de lejos, vió que entraba á hacer oracion delante de una imágen de la santísima Virgen, que se veneraba en una capilla extramuros de la ciudad, adonde concurría infaliblemente todas las noches con grande edificacion del pueblo.

Disgustado del mundo, aun antes que lo pudiese conocer, á los diez y siete años de su edad se alistó en la congregacion *de los penitentes de la Virgen*, fundada en Sena en el hospital de la Escala, y muy célebre por los grandes personajes que entraban en ella. Eran muy del gusto de nuestro santo los ejercicios de caridad y las obras de misericordia en que se empleaba aquella devota congregacion en favor de los pobres enfermos, como tambien las grandes penitencias que se practicaban en ella. Viéndose por este medio con alguna mayor libertad, soltó la rienda al ímpetu de sus fervores; pero en ninguna cosa acreditó mas su heróica virtud que en los grandes ejemplos de caridad con que edificó á todos en aquel santo hospital, durante la peste que por espacio de cuatro meses affligió á la ciudad de Sena. Ni de dia ni de noche se apartaba



de la cabecera de los enfermos; servíalos, consolábalos, enterrábalos, aunque morían á centenares. No contrajo la peste; pero habiendo cesado el contagio, rendido á las fatigas de su ardiente caridad, cayó enfermo en casa de una tia suya, muy virtuosa y muy anciana, que años habia estaba ciega y parálitica, empleando despues la convalecencia en asistir con el mayor amor y desvelos á esta pobre enferma, sin haber querido dejarla hasta que espiró.

Libre ya Bernardino de este cuidado, se retiró á una casa de los arrabales de Sena para vivir distante del bullicio, entregado á la soledad y á la oracion. En ella hizo un oratorio, y se prescribió por limites de su clausura las paredes del huerto que él mismo cultivaba con sus manos. Pero considerando que el religioso ligado con sus votos hace grandes ventajas al solitario, que se gobierna en todo por su propia voluntad, resolvió abrazar un estado tan perfecto. Escogió el convento de san Francisco de la estrecha observancia, fundado ya en Sena, por ser de aquella célebre reforma que habia resucitado el primitivo espíritu de su santo fundador, y haciendo profesion de seguir la primitiva regla á la letra, habia vuelto á encender el primer fervor en aquel ilustre cuerpo, renovando en la posteridad los grandes ejemplos de pobreza evangélica, desasimiento y desnudez, los prodigios de penitencia y de rigor, los maravillosos efectos de zelo y de magnanimidad, en una palabra, aquella elevada idea de perfeccion y de santidad que habia admirado el mundo en los primeros padres. A esta sagrada religion se retiró Bernardino á la edad de veinte y dos años; no tuvo mas que presentarse, y luego fué recibido y enviado al convento de Colombiere para hacer en él su noviciado. Como ya habia llegado á tan eminente grado de perfeccion, desde el primer dia fué respetado por modelo, causando

admiracion que pudiese traer del siglo tanta inocencia acompañada de tan sólida virtud.

Concluido el año del noviciado, hizo los votos religiosos el dia 8 de setiembre, consagrado á la Natividad de la santísima Virgen, dia en que nació, dia en que entró en la religion, dia en que profesó, y dia en que el año siguiente dijo la primera misa. Lejos de entibiarse el fervor que mostró en su noviciado, cada dia se encendia mas. Todos estaban continuamente asombrados en vista del rigor con que trataba su inocente cuerpo. No hubo hombre que le excediese en amar los desprecios, los desaires, los insultos y las humillaciones; y Dios permitió que cada dia encontrase algunas nuevas, especialmente por parte de sus deudos, que no podian llevar con paciencia el que hubiese abrazado aquel género de vida.

Conociendo los superiores su grande talento, no consintieron que estuviese escondida por mas tiempo aquella brillante antorcha. Por mas que representó y que suplicó le dejasen estudiar primero á los piés del crucifijo las grandes verdades de la religion, se vió precisado á romper el silencio. Enviáronle á predicar en Milan; y luego que le oyeron en el púlpito, no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la santidad y de la elocuencia del nuevo predicador, pero sobre todo de las portentosas conversiones que hacia.

Conoció entonces que el Señor le llamaba al ministerio de la predicacion; y como se hallase con lo lengua naturalmente gruesa y tarda, pidió á Dios que se la desembarazase, dándole facilidad en hablar. Fué oida su peticion, y al punto sintió una milagrosa expedicion en la lengua, tanto, que no se ha visto voz mas agradable ni mas sonora, lengua mas expedita ni mas clara, elocuencia mas eficaz ni mas persuasiva. No era menester menos para predicar con fruto en un tiempo en que estaba extendida por toda



Italia la corrupcion de las costumbres, y en que, sostenida la licencia por los bandos y por las parcialidades, triunfaba impunemente la disolucion. No se veia en todas partes mas que engaños, usuras, enemistades, rencores, homicidios, desórdenes; la impureza estaba entronizada; la disolucion habia penetrado hasta en el lugar santo, y ni aun las casas religiosas estaban exentas de la relajacion. Contra estos monstruos tenia que combatir nuestro santo; atacólos, y los desbarató.

Desde el Milanés fué llamado á la Toscana. Predicó algun tiempo en Sena con el mismo fruto, y desde allí fué á hacerle igual en Plasencia, Bérgamo, Brescia, Verona, Vincencia, Venecia, Mántua, Ferrara, Bolonia, Regio y Módena. Desde los apóstoles no se habia visto predicador mas poderoso en obras y en palabras. No se hablaba en toda Italia sino de los portentosos frutos de su predicacion, de conversiones milagrosas, de monasterios reformados, de vocaciones al estado religioso, de abusos suprimidos y de una general mudanza de costumbres. Pocos sermones dejaban de ser interrumpidos con las lágrimas, sollozos y alaridos de todo el auditorio; ninguno en que no se viese alguna insigne reconciliacion; ninguno que no hiciese mudar de semblante á toda la ciudad. Los usurpadores de la hacienda ajena corrían apresurados á sus piés, y arrojaban á ellos el dinero para las restituciones; en la misma iglesia se buscaban unos á otros los mas mortales enemigos, se abrazaban tiernamente, y se pedían perdon; los avarientos derramaban en limosnas sus tesoros. Vióse como sufocadó el furor de las facciones de Guelfos y Gibelinos que tenían puesta en combustion toda la Italia; destruidas las casas públicas de disolucion; fundados muchos hospitales, el lujo reformado, la frecuencia de sacramentos restablecida, y en menos de diez años

fué universal en toda Italia la reformation de las costumbres.

Con el fin de que gozasen tambien otros países de este nuevo apóstol, le nombró su general comisario de la Tierra Santa, adonde pasó, y fué guardian del convento de Belen. En todas partes era milagroso su zelo, y habiendo restituido en Oriente el primitivo fervor, le volvieron á llamar á Italia las necesidades de la Europa. Fuéle forzoso volver á Venecia, recorrer de nuevo toda la Lombardia, la Romania y la Toscana; y despues de haber predicado como apóstol en Florencia, en Luca, en Perusa, en Arezo, en Asis, en Espoleto, y en algunas otras ciudades de la Umbría y de la Marca de Ancona, en todas partes con el mismo fruto, le fué ordenado por sus superiores que pasase á ejercer este ministerio en Roma, siendo aquella capital del mundo el nuevo teatro donde brilló con mas esplendor la virtud del siervo de Dios.

El obrador de todas estas maravillas, como lo decia él mismo, era el grande amor que profesaba á Jesus, no siendo fácil que otro alguno le excediese en el fervor y en la ternura con que amaba al Salvador del mundo. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa, la inflamacion del semblante, y las muchas lágrimas que derramaba despues de la consagracion, eran el mejor testimonio del fuego celestial en que se abrasaba. Tenia el dulce nombre de Jesus profundamente grabado en el corazon; y asi no es de admirar que jamás se le cayese de la boca, sabiendo que no hay debajo del cielo otro nombre en cuya virtud los hombres sean salvos, ni tampoco otro Salvador que Jesus. Con este santo nombre estaban sazonados todos sus sermones, todas sus conversaciones familiares y todas sus obras. Llevaba pendiente del cordon una tablita en que estaba pintado el dulcísimo nombre de Jesus, y la mostraba al pueblo para animar su con-



fianza. Eran eficaces sus oraciones, porque todo lo pedia en virtud de este santo nombre.

En vista de las portentosas conversiones, y de las demás maravillas que obró en Roma, se armó todo el infierno contra él. Cargáronle de injurias y de calumnias. No hallando que decir contra sus virtudes, gritaron contra su doctrina. Acusáronle delante del papa de que enseñaba errores, y daba en excesos, con pretexto de extender la devoción al nombre de Jesus. No podía menos de ser criticada una moral tan pura: censurábanle la blandura con que trataba á los pecadores, y delataron como un crimen la facilidad con que los admitía á la penitencia y les daba la absolución.

Quiso el papa Martino V que se defendiese; leyó con el mayor gusto su apología, y satisfecho de sus razones y de su proceder, le abrazó tiernamente, exhortándole á continuar la obra del Señor, y á derramar por todas partes el fruto de su zelo. Pocos dias despues de su justificación fué nombrado para el obispado de Sena; pero pudo mas su profunda humildad, que los deseos de todos los cardenales y del mismo sumo pontífice. Clamaban por él mucho tiempo habia las ciudades de Génova, Sabona y Albenga; se fué á ellas, y quedaron convertidos los mas inveterados pecadores. Iba á dar principio á otra misión en Milan, cuando vacó el obispado de Ferrara. Parecióle al nuevo pontífice Eugenio IV que no podría encontrar sugeto mas á propósito para aquella mitra, y le concedió á los ansiosos deseos del pueblo y del clero; pero jamás fué posible lograr el consentimiento de Bernardino, y el papa cedió en fin á sus lágrimas y ruegos.

Las fatigas apostólicas no moderaban sus penitencias. Predicaba muchas veces al dia, y no por eso se dispensaba en sus vigiliass y ayunos. Apenas se puede

concebir cómo un hombre era capaz de obrar tantas maravillas sin sucumbir á tantos trabajos. Además de sus misiones y apostólicas correrías, nos dejó escritos excelentes tratados y obras de piedad; como los tratados *de la religion cristiana; del Evangelio eterno; de la vida de Jesucristo; del combate espiritual; de meditaciones*, con el título de *sermones*, donde se descubre aquella tierna y profunda devoción que era en parte el carácter de su alma.

Cuando pasó á Roma el emperador Sigismundo, quiso que Bernardino le acompañase, y que asistiese á la ceremonia de su coronación. Repitieronse nuevos esfuerzos para obligarle á ser obispo, queriendo el papa que aceptase el obispado de Urbino; pero se mantuvo inmóvil en su primera resolución, siendo este el tercer triunfo que consiguió de los que estaban tan empeñados en elevarle á las dignidades eclesiásticas. Con todo eso no se pudo negar á aceptar el cargo de vicario general de todos los conventos de la observancia: empleo importante, que abrió nueva carrera á su zelo, porque restituyó el primitivo fervor en muchos conventos de religiosos y de religiosas que habian comenzado á aflojar. Hizo asombroso fruto en el reino de Nápoles, donde su monarca Renato le queria detener, cuando recibió un mandato del papa para que volviese á Toscana, y asistiese al concilio general que se habia trasladado de Ferrara á Florencia. Allí tuvo nuestro santo el gran consuelo de ver reunida la iglesia griega con la latina; predicó á los Griegos en su misma lengua, y aunque la ignoraba, habló con tanta elegancia, que los mismos Griegos quedaron asombrados.

No solo tenia Bernardino el don de lenguas; tambien tenia el de milagros. En Mantua atravesó un gran lago con un compañero, navegando encima del manto; muchos enfermos se hallaron de repente



en aprension por esta fuga; y temiendo que algunos abusasen de su santa sencillez para excitar algun cisma, despachó inmediatamente á un camarero suyo con el abad de monte Casino, para que le trajesen á Roma. Tuvo el santo noticia anticipada de esto; y tomando consigo á uno de sus monjes, se escondió con él en un espeso bosque, donde pasó toda la cuaresma. Noticioso de que habian llegado al monasterio los que iban á buscarle de orden del papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero obligado por los vientos contrarios á anclar en el puerto de Trieste, fué arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazón la corte pontificia. Fué célebre este viaje por la multitud de los que concurrieron de todas partes para ver al santo, y por los muchos milagros que hizo en el camino. Atribuyendo el papa la fuga de san Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente encerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro santo viéndose en estado tan diferente; antes solia decir con mucha gracia: *No tengo de que quejarme, celda queria, y celda tengo.*

No fué larga la estancia en esta nueva especie de soledad: su avanzada edad, el rigor de sus excesivas penitencias que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertian ya que no estaba distante el fin de su carrera; y acabando de decir misa con un fervor extraordinario el dia de Pentecostés del año de 1296, dijo á dos monjes de su orden que le hacian compañía, que ciertamente moriria dentro de la octava. Cayó enfermo el dia siguiente; pidió la extremauncion, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los santos el dia 19 de mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Alabe al Señor todo lo que tiene

ron en su sepulcro despues de su muerte, se clamó con instancia por su canonizacion. Comenzáronse las informaciones en tiempo de Eugenio IV, que habia sido testigo de sus virtudes; continuáronse en el de Nicolao V, su sucesor, á solicitud de san Juan Capistrano, discipulo de san Bernardino; y en el año de 1449, cinco despues de su muerte, celebró solemnemente el papa su canonizacion el mismo dia de Pentecostés con grande aparato. El de 1481 fué colocado el santo cuerpo en una urna de plata que habia enviado el rey de Francia Luis XI. Los religiosos observantes de san Francisco veneran con razon á san Bernardino como su segundo fundador.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Aquila en el Abruzo, san Bernardino de Sena, del orden de Hermanos Menores, que ilustró la Italia con sus discursos y ejemplos.

En Roma, en la via Salaria, la fiesta de santa Basilia virgen, descendiente de familia real, la cual, estando prometida á uno de los principales señores de la corte, y no queriendo casarse, fué denunciada por él como cristiana. Habiendo mandado el emperador Galiano que tomase este esposo, ó que fuese degollada, la santa, á quien habian llamado para oír esta sentencia, no vaciló en responder que tenia al Rey de los reyes por esposo, y en la misma hora le atravesaron una espada por el cuerpo.

En Nimes, san Baudilio mártir, que, rehusando adorar á los idolos, y perseverando firme en la fe de Jesucristo, á pesar de los azotes y de otros tormentos, recibió con una muerte preciosa la palma del martirio.

En Edesa en Siria, los santos Talales, Asterio, Alejandro y sus compañeros, martirizados en tiempo del emperador Numeriano.



En la Tebaida, san Aquilas mártir, que fué descarnado con peines de hierro por el amor de Jesucristo.

En Bourges, san Austregisilo, obispo y confesor.

En Bresa, san Anastasio obispo.

En Pavia, san Teodoro obispo.

En Roma, santa Plautila, señora consular, y madre de la bienaventurada Flavia Domitila, que fué bautizada por el apóstol san Pedro, y murió en la paz del Señor con la reputacion de haber sobresalido en todo género de virtudes.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

<p>Domine Jesu, qui beato Bernardino confessori tuo eximium sancti nominis tui amorem tribuisti: ejus, quæsumus, meritis et intercessione spiritum nobis tuæ dilectionis infunde: Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amen.</p>	<p>Señor Jesus, que concediste á tu bienaventurado confesor Bernardino un amor tan grande á tu santo nombre; por sus méritos é intercesion te suplicamos que infundas en nuestros corazones el espíritu de tu divino amor: Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.</p>
--	---

*La epistola es del cap. 31 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia XII, pág. 304.*

NOTA.

« El libro del Eclesiástico, de donde se ha sacado  
 » esta epístola, no está recibido en el cánon de los  
 » Hebreos como libro inspirado, aunque hacian de  
 » él grande estimacion. Pero toda la Iglesia le ha  
 » venerado siempre como canónico, y ningun santo  
 » padre ha dudado de su autenticidad, aun antes que  
 » los concilios la hubiesen declarado. »

REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su esperanza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién*

*es este, y le alabaremos? porque hizo maravillas en su vida.* A la verdad, es en el dia de hoy tan universal la codicia, que con razon le parece al Sabio una especie de prodigio un hombre que no coloca su esperanza en sus tesoros. La avaricia reina en todos los estados; tanto el eclesiástico como el seglar, y á veces mucho mas el sacerdote que el lego, son esclavos de esta abominable pasion. A todos los corazones extiende su imperio; y lo mismo es dominarlos que cegarlos. ¡Cuántos arrepentimientos excusaria un poco de reflexion sobre la naturaleza de esta dolencia! pero entre todas las pasiones, la mas ignorada del mismo que está tiranizado de ella, es la pasion de las riquezas, la avaricia. Los avaros nunca se creen tales: unos disfrazan la avaricia con el nombre de economia, otros con el de prevision, algunos la cubren con el título especioso de modestia y de prudencia, y muchos quieren persuadir que es necesidad. Avergüenzase de si misma esta villana pasion; es tan irracional y tan odiosa, que no tiene valor para dejarse ver con su verdadero nombre. El verse notado de ella, causa rubor.

Con efecto, ¿quién dejará de reconocer alguna y aun mucha debilidad de cabeza en la desordenada codicia? Agarrar á todas manos, amontonar dinero sobre dinero, hacer un gran caudal solo con sus ahorros, y con esto estar continuamente quejándose de la miseria, privarse de todo y llegar á padecer hambre, ¿no es una especie de locura? Es verdad; pero ¿qué remedio hay?

Gastar las fuerzas y la salud, atormentar el ingenio para descubrir, para encontrar cada dia nuevos medios, nuevos arbitrios de ahorrar, nuevos artificios para enriquecerse, nuevos secretos para tratarse mal, alambicando el discurso para hacer mas miserable á la misma miseria; esta es la seria ocupacion, este el



continuo estudio de un avariento. ¿Puede haber tráfico mas ruin ni mas soez?

Poner en contribucion, por decirlo así, toda su familia; no acertar á servir á nadie sino por interés; negociar hasta con el salario de los pobres trabajadores; temblar, estremecerse á cualquiera proposicion y aun con la memoria de un pequeño gasto; quejarse siempre por el que es preciso hacer para no dejarse morir; afectar la mayor pobreza en medio de la abundancia; anticiparse quizá á llorar el gasto que se ha de hacer en su entierro; duro para otros, igualmente duro para sí; pasar una vida triste, melancólica y retirada, aunque le sobren rentas, capitales y posesiones: si esto no es locura, ¿qué cosa lo será? ¡Oh, y con cuánta razon se dijo que el avariento nada deja que hacer á la mala fortuna! Por desgraciada que esta fuese, ¿le pudiera tratar peor? Pero á lo menos, si esta desdichada pasion se pudiera cubrir con algun motivo plausible, que fuese capaz de deslumbrar, pasaria por uno de los muchos errores que tienen alucinados á los mortales. Pero una avaricia desmedida, ¿de qué pretexto, ni aun aparente, se podrá cubrir? Fatigas excesivas, cuidados sin número, vida dura y vergonzosa, penitencia sin mérito, bajezas odiosísimas, ser para el pueblo objeto de risa, de mofa y de desprecio; esta es la herencia de un hombre avariento. Y todo esto ¿porque? No mas que por dejar una rica herencia, y muchas veces un tejido de injusticias y de latrocinios, á unos herederos que han de divertir al público con industrias dignas de risa de que se valió su bienhechor. ¿Se ha visto en el mundo mayor y mas insigne locura? Y valga la verdad, ¿cuál de las dos locuras será mayor, imaginarse uno rico, poderoso, un príncipe, remedar sus modales, afectar su lenguaje y aire, y aun pretender imitar su magnifi-

cencia, aunque sea un pobre plebeyo, aunque sea un hombre de la mas baja condicion; ó imaginarse siempre pobre, vivir como un miserable avaro, dar que reir al pueblo con sus bajezas y ruindades; aunque le sobren los doblones, y aunque sea un hombre honrado y de distincion? ¿Cuál de estas dos manias se acerca mas á la locura? ¿qué cosa puede haber mas digna de compasion ó de risa, que sobrarle á un hombre todo, y vivir como si todo le faltase?

*El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el dia v, pág. 136.*

### MEDITACION.

#### DE LA DEVOCION AL SANTO NOMBRE DE JESUS.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que el santo nombre de Jesus fué siempre el objeto de la veneracion de los mayores santos y la confianza de los fieles verdaderos: *No hay salud en otro nombre*, decian los apóstoles (1), *porque no hay otro en el cielo ni en la tierra en cuya virtud los hombres sean salvos. Tiempo vendrá*, decia el apóstol san Pedro (2), *en que todo aquel que invocare el nombre del Señor se salvará*. En virtud de este santo nombre, por la confianza en este santo nombre (3), el que estaba cojo andaba derecho; por él sanan los enfermos; por él resucitan los muertos; por él hicieron tantos milagros los apóstoles y todos los demás santos. *Abatióse, anonadóse á si mismo Jesucristo*, dice el Apóstol, *haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y en los abismos doblen la rodilla. ¡Qué respeto, qué*

(1) Act. 4. — (2) Act. 2. — (3) Cap. 3.